

## El neoliberalismo como razón abiótica: la ruptura del poder político neoliberal con la vida biológica

*Neoliberalism as Abiotic Reason: The Rupture of Neoliberal Political Power with Biological Life*

Alberto Coronel Tarancón \*

*Fecha de Recepción: 30/03/2021*

*Fecha de Aceptación: 18/06/2021*

**Resumen:** *Este artículo defiende y sintetiza la tesis según la cual el neoliberalismo no es una racionalidad biopolítica, sino una racionalidad abiótica. Para ello, se demuestra que la génesis de la gubernamentalidad neoliberal coincide con la fractura del vínculo entre la vida y la política. Concretamente: la desaparición de los modelos biopolíticos de la interfaz “gobernantes- gobernados”.*

**Palabras clave:** *Biopolítica – neoliberalismo – gubernamentalidad – Foucault*

**Abstract:** *This article defends and synthesizes the thesis according to which neoliberalism is not a biopolitical rationality, but an abiotic rationality. To this end, it is shown that the genesis of neoliberal governmentality coincides with the fracture of the link between life and politics. Specifically: the disappearance of the biopolitical models of the interface “governors-governed”.*

**Keywords:** *Biopolitics – Neoliberalism – Governmentality – Foucault*

---

\* Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Docente e investigador en la UCM. Correo electrónico: [acoronel@ucm.es](mailto:acoronel@ucm.es)

*“Lo que me gustaría mostrar es que cierto régimen de verdad, y, por consiguiente, no un error; hizo que algo inexistente pudiera convertirse en algo”.*  
(Michel Foucault, 2009).

La relación entre la vida y la política atraviesa una profunda crisis a escala global, frente a la cual la actual pandemia de la COVID-19 no es tanto una causa como uno de sus efectos más visibles. Al pensar esta crisis, un ejército de activistas e intelectuales de todo el mundo coinciden en señalar al neoliberalismo como una de las grandes causas de esta crisis.<sup>1</sup> Aludiendo a un conglomerado de límites borrosos que comprende en su interior procesos descentralizados y geográficamente heterogéneos, se trata, como ha señalado Jamie Peck de un concepto resbaladizo, difícil de aplicar en términos metodológicos, para unos un espejismo y para otros: “el hecho social menos evitable de estos tiempos de globalización” (Peck, 2012, p.178).

Para arrojar algo de luz al interior de este concepto, y con el objetivo principal de defender que la actualidad del vínculo entre la vida y la política no puede entenderse sin referencia a la diseminación de la razón neoliberal en la segunda mitad del siglo XX y en las primeras dos décadas del siglo XXI, este trabajo recupera una pregunta que ha sido planteada de distintas maneras en numerosas ocasiones: ¿es el neoliberalismo una racionalidad biopolítica? O mejor, ¿establece el neoliberalismo una relación racional o proporcional entre lo político y lo biológico?

Este trabajo responde un simple y contundente “no” a ambas preguntas: el neoliberalismo carece de racionalidad biopolítica, y el hecho de que la actual pandemia haya obligado (y esta obligación está sujeta a variaciones geográficas y

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, en un gesto evidentemente performativo, el activista medioambiental británico George Monbiot señaló en un artículo para *The Guardian* al neoliberalismo como la “raíz ideológica de todos nuestros problemas”; identificándolo con un fenómeno tan ubicuo —el de la normalización de la competencia como matriz de todas las relaciones sociales— que ni siquiera estaríamos en condiciones de reconocerlo como ideología. Monbiot señala que el neoliberalismo tiene “la intención deliberada de remodelar la vida humana y cambiar el centro del poder”, y este es uno de los tópicos que queremos discutir: lo más importante del neoliberalismo es que nació para dejar de tener que tener en cuenta la vida humana (Monbiot, 2016).

socioeconómicas notables) a reactivar lógicas de gobierno biopolítico, no significa que el poder neoliberal culmine la lenta incorporación o subsunción de lo biológico en lo político —tal y como se sigue, de distintos modos, tanto de las propuestas de Negri y Hardt (2002, pp.37-53) como de Giorgio Agamben (2013)—. Al contrario: significa una crisis o una interrupción imprevista en la lenta desvinculación del poder político con el gobierno de la vida biológica. Dicho simplemente —y esta es la tesis que trataremos de justificar—: el neoliberalismo es una racionalidad política abiótica.

Para defender este argumento, este trabajo se ubica en el marco de los estudios foucaultianos y los estudios de la gubernamentalidad. En el interior de este marco teórico, se expone en cada parte el argumento secundario que fundamenta el argumento principal: que una racionalidad biopolítica se caracteriza por la ejecución gubernamental de modelos biopolíticos que actúan como interfaces entre gobernantes y gobernados. Después mostramos que de la pluralidad de modelos biopolíticos se sigue la pluralidad de racionalidades biopolíticas que deben ser analizadas en relación con los conflictos sociales y geopolíticos de una época histórica y un espacio geográfico determinado. Por último, trasladamos esta pluralidad al análisis del problema de la vida en las tres variantes geográficas del neoliberalismo analizadas por Foucault en el curso de 1979, *Nacimiento de la biopolítica*. En este apartado habremos cumplido el objetivo principal de este trabajo: mostrar que, en el interior de la historia foucaultiana de la gubernamentalidad, el neoliberalismo norteamericano coincide con la desaparición de los modelos biopolíticos de la interfaz gobernantes-gobernados.

### **Los modelos biopolíticos como interfaz gubernamental**

En la historia de la gubernamentalidad, la emergencia de la población señala el lugar de coincidencia de dos problemas: el nacimiento de la gubernamentalidad liberal y la irrupción de lo biológico —aquello que instituye a la especie humana como objeto de gobierno— al interior de los cálculos y las estrategias del poder político. Este problema nos remite al siguiente pasaje de *Seguridad, territorio, población*:

con la población (...) [tenemos] (sic) un conjunto de elementos que, por un lado, se inscriben en el régimen general de los seres vivos, y por otro, ofrecen una superficie de agarre a transformaciones autoritarias, pero meditadas y calculadas. La dimensión por la cual la población se incluye entre los demás seres vivos es que va a poner de manifiesto y la que se sancionará cuando, por primera vez, se deje de llamar a los hombres como “el género humano” y se comience a llamarlos “la especie humana”. (Foucault, 2008, p.86).

La población, entendida como “superficie de agarre” que permite comunicar las tecnologías del poder político coincide con lo que, en *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault denomina “realidades de transacción” o “interfaces”:

La sociedad civil es como la locura, como la sexualidad. Se trata de lo que llamaré realidades de transacción, es decir: precisamente en el juego de las relaciones de poder y de lo que sin cesar escapa a ellas nacen, de alguna manera en la interfaz de los gobernantes y los gobernados, esas figuras transaccionales y transitorias que no por no haber existido desde siempre son menos reales y que podemos denominar, en este caso, sociedad civil, en otro caso locura, etcétera. La historia de las tecnologías gubernamentales, realidad transaccional que me parece completamente correlativa de esa forma misma de tecnología gubernamental que se da en llamar liberalismo. (Foucault, 2009, p.292).

En efecto: toda razón gubernamental lleva aparejada una tecnología gubernamental, y esta, por su parte, implica la puesta en juego de aquellas realidades transaccionales o “interfaces” que hacen posible transformar algo problemático en una realidad eminentemente gobernable. Esta es la razón por la que, en el curso de 1979, Foucault señala directamente que se trataría de pensar cómo emergen dichas figuras transitorias (dichas realidades transaccionales), las cuales conllevan la inserción de objetos en un régimen de veridicción donde las prácticas reales se ven sujetas a reglas de verdad o falsedad:

Se trata de mostrar las interferencias en virtud de las cuales toda una serie de prácticas —a partir del momento en que se coordinaron con un régimen de verdad— pudo hacer que lo que no existía (la locura, la enfermedad, la delincuencia, la sexualidad, etcétera) se convirtiera en algo (...) lo [que] me gustaría mostrar es que cierto régimen de verdad y, por consiguiente, no un error, hizo que algo inexistente pudiera convertirse en algo. No una ilusión, porque lo que lo ha establecido y lo marca así de manera imperiosa en lo real es precisamente un conjunto de prácticas, y de prácticas reales. (Foucault, 2009, p.32).

En efecto, en el marco de la historia de la gubernamentalidad, estas interfaces o realidades transaccionales son los elementos que nos permiten afirmar que algo inexistente pudiera convertirse en algo y, a la inversa, que algo existente pudiera convertirse en nada. Merece la pena recordar que el concepto de interfaz (derivado del inglés *interface*; “superficie de contacto”) define la conexión o frontera común que comunica funcionalmente dos aparatos o sistemas independientes. En el marco de la historia de la gubernamentalidad, estos dos aparatos o sistemas independientes remiten al par conceptual gobernantes y gobernados, y su autonomía o independencia recíproca y parcial viene garantizada por el elemento medial de toda la reflexión foucaultiana sobre el poder: la libertad. Es decir: pensar las *interfaces* de gobierno en el marco de la gubernamentalidad foucaultiana implica salvar la distancia entre el campo de acción del sujeto gobernante y el campo de acción del sujeto gobernado, aun cuando ambos polos de la relación se definan, constituyan y condicionen recíprocamente. El pasaje clave se encuentra en un texto de 1982, titulado *El sujeto y el poder*:

Cuando se define el ejercicio del poder como un modo de acción sobre las acciones de los otros, cuando se caracterizan estas acciones por el «gobierno» de los hombres de los unos por los otros —en el sentido más amplio del término— se incluye un elemento importante: la libertad. (Foucault, 2007, p.16).

Por tanto, cuando hablamos de *interfaces* no debemos dejarnos llevar por la visión informática, mecanicista o cibernética del término: es preciso retener que la libertad es la instancia sobre la cual se posan todas las interfaces en la historia de la gubernamentalidad, ya sea en el marco de las técnicas del gobierno de sí o del gobierno de los otros. Ahora bien, para entender en qué sentido hablar de biopolítica implica hablar de aquellas interfaces que facilitan la inscripción de la vida en los cálculos y las estrategias del poder político, es preciso entender la cadena o secuencia de operaciones que comunica la problematización (primer momento) con la producción de un modelo (segundo momento) y la implementación o ejecución de dicho modelo como *interfaz* entre gobernantes y gobernados, dando lugar a una determinada disposición de lo real correlativa a la ejecución de un programa de gobierno (tercer momento). Prestemos más atención a cada una de las operaciones:

I. Momento de la problematización. Dada una distribución de sujetos históricamente constituidos, y dado un determinado entramado de relaciones de poder y de resistencia, un evento singular se convierte en un problema generando errores y obstáculos para la conservación de un determinado curso de acciones. En la medida en que lo problemático anuncia la defectividad de las categorías objetivas con las que un determinado sujeto objetiva lo real, la problematización no señala “representación de un objeto preexistente”, sino objetivación susceptible de veridicción:

Problematización no quiere decir representación de un objeto preexistente, así como tampoco creación mediante el discurso de un objeto que no existe. Es el conjunto de las prácticas discursivas o no discursivas que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto para el pensamiento (bien sea en la forma de la reflexión moral, del conocimiento científico, del análisis político, etc.). (Foucault, 2013, p.1006-1007).

II. Momento de la modelización. La problematización orientada a la eliminación de errores señala una reacción epistemológica creativa por parte del sujeto. En términos de Georges Canguilhem, refiere a la producción de una nueva norma capaz de dar una

respuesta adecuada a los errores que desencadenan una situación problemática (Canguilhem, 1971, pp. 203-232; Talcott 2019). En retrospectiva, esto es lo que explica la importancia de los modelos de la lepra, la peste y la viruela en la historia de las tecnologías positivas del poder que Foucault estudia entre 1973 y 1979: para la expulsión de lo inmundo (modelo de la lepra), la inclusión ordenada de las anatomías físicas en el espacio y en el tiempo (modelo de la inclusión de los leprosos) y para la inoculación y regulación estratégica u homeostática de los flujos bioeconómicos (modelo de seguridad) (Coronel Tarancón, 2020). La importancia de estos tres modelos es crucial para entender que, en la historia de las tecnologías políticas presupuesta en la historia de la gubernamentalidad, primero emerge el modelo haciendo posible nuevas operaciones, y luego dicho modelo podrá o no instalarse como interfaz entre gobernantes y gobernados. Como ha señalado Ester Jordana: “Cada uno de esos gestos implica no solo distintos modos de respuesta ante determinadas enfermedades sino, como vemos, distintos marcos de cómo organizar y conducir las conductas de los individuos o (...) distintos modos de gubernamentalidad.”(Jordana Lluich, 2017, p.16).

III. Momento de la programación o de la disposición estratégica. Si para Foucault el poder tiene capacidad de normalización (positiva) más allá de la represión (negativa), esto se debe a una razón simple: allí donde la realidad se nos presenta bajo el aspecto de la normalidad, el poder opera correctamente. Es decir, ya existe una determinada disposición estratégica de los elementos que permite al poder, a través de una interfaz, intervenir normativamente la realidad. La redistribución estratégica de lo real-problemático en lo real-programable hace posible la diagnosis, la prescripción y la intervención del poder político en la realidad problematizada y modelizada:

Los programas presuponen que lo real es programable, que es un dominio sujeto a ciertas determinaciones, reglas, normas y procesos que pueden ser ejecutados y perfeccionados por las autoridades. Ellos hacen posible que los objetos gobernados se presenten como objetos susceptibles de diagnosis, prescripción y cura mediante formas calculadas y normalizadas de intervención. (Rose y Miller, 2010, p.183).

En consecuencia, es posible afirmar que si lo biológico no es objeto de gobierno a través de modelos que problematicen y constituyan a un objeto en tanto que objeto biológico, entonces lo biológico no solo no es programable: desde la óptica de las tecnologías de gobierno —y teniendo en cuenta la potencia epistemológica y ontológica de las interfaces— la vida humana que no es problemática no existe. Y por la misma razón que la vida humana pasó a ser un problema a través de la interfaz de la población, esta ha podido dejar de serlo. Ahora bien, ya se quiera afirmar la emergencia o la desaparición de la vida biológica en el interior de los cálculos y las estrategias del poder político, es necesario prestar atención a los contextos bélicos y a las causas por las cuales los modelos emergen y desaparecen. En términos genealógicos, es preciso analizar tanto la *Entstehung* —“la emergencia, el punto de surgimiento. Es el principio y la ley singular de una aparición” (Foucault, 2008, p. 34)— como la *Herkunft* — es la fuente, la procedencia; es la vieja pertenencia a un grupo —el de sangre, el de tradición, el que se establece entre aquellos de la misma altura o de la misma bajeza” (Foucault, 2008, p.35)— (relativa a la procedencia de los sujetos) de los modelos biopolíticos que subyacen a las racionalidades de gobierno. Y aunque Foucault utiliza estos términos al hilo de su análisis de la genealogía nietzscheana, estos cobran relevancia en el momento en que se trata de pensar metodológicamente la convergencia entre la hipótesis Nietzsche (la guerra como grilla de inteligibilidad de todos los procesos históricos) y la historia de la gubernamentalidad (Blengino, 2018, p.24-ss).

Dicho simplemente: no basta con ubicar el nacimiento o la muerte de la biopolítica en el tiempo histórico —inaugurar o clausurar la “Era del biopoder” es un gesto teórico excesivo—. Mucho más útil es localizar el espacio geográfico y los antagonismos sociales (nacionales e internacionales) dentro de los cuales fue necesario o, al menos, estratégicamente relevante, problematizar políticamente la vida humana, y lo mismo es válido a la hora de interrogar el contexto histórico dentro del cual pudo ser estratégicamente conveniente para una o otra razón gubernamental dejar de hacerlo.

## La distribución agónica de los modelos biopolíticos

Distintos modelos biopolíticos sirven a distintas estrategias gubernamentales: ese es el principio del cual no debemos despegarnos. Se trata de un problema capital para entender la relación entre las biopolíticas realmente existentes y la historia de las distintas racionalidades gubernamentales que se han disputado el control de las tecnologías de gobierno. A lo largo de los siglos XIX y XX, la dialéctica entre modelos biopolíticos define y explica en gran medida un problema que Foucault solo analizó tangencialmente. A saber: el entrelazamiento entre los programas del poder político y los modelos elaborados por las ciencias naturales. El pensador de Poitiers señala el problema en el siguiente pasaje:

En el fondo, el evolucionismo, entendido en un sentido amplio (...) se convirtió con toda naturalidad, en el siglo XIX, al cabo de algunos años, no simplemente en una manera de transcribir en términos biológicos el discurso político, no simplemente en una manera de ocultar un discurso político con un ropaje científico, sino realmente en una manera de pensar las relaciones de la colonización, la necesidad de las guerras, la criminalidad, los fenómenos de la locura y la enfermedad mental, la historia de las sociedades con sus diferentes clases, etcétera. En otras palabras, cada vez que hubo enfrentamiento, crimen, lucha, riesgo de muerte, existió la obligación literal de pensarlos en la forma del evolucionismo. (Foucault, 2010, p.220).

El problema, sin embargo, es que el evolucionismo se dijo de muchas maneras, y no todas estaban inspiradas en el modelo geométrico de Robert Malthus, útil, sobre todo, a quienes interesaba una representación naturalista y transhistórica de la pobreza. Este modelo, propio de los evolucionismos útiles a la gubernamentalidad liberal, fue radicalmente despreciado no solo por los autores del Manifiesto Comunista, sino por la totalidad del pensamiento socialista del siglo XIX. Mientras que los evolucionismos de

cuño liberal acentuaban la importancia adaptativa del individuo como átomo del proceso económico, los evolucionismos socialistas apuntaban a las patologías que afectaban a la sociedad como conjunto. Del mismo modo, los nacionalistas e imperialistas de finales del siglo XIX —preocupados por las insurrecciones revolucionarias en el corazón de sus metrópolis—, coincidían con el gran capital industrial en localizar las ventajas evolutivas en el mercado internacional, e identificar la patología con todo aquello que se expresara como un obstáculo a la expansión colonial del mercado mundial. Esta cuestión se refracta en el hecho de que los conceptos de biopolítica y geopolítica fueran acuñados por un mismo autor, el sueco Rudolf Kjellen (el primero es de 1905, y parece en su obra *Stormakterna. Konturer kring samtidens storpolitik*; el segundo data de 1916, y aparece en un texto cuyo título pareciera dar prioridad a la cuestión biopolítica sobre la geopolítica: *El Estado como forma de vida, Staten som livsform*). Antes de él, Friedrich Ketzler ya había escrito sus célebres *Antropogeografía* (1891) y su tratado de *Geografía política* (1897), donde reflexionaba en términos darwinistas acerca de la lucha de las poblaciones por el territorio, con el objetivo de dar un soporte geográfico al evolucionismo.<sup>2</sup> Como sabemos, su concepto de *Lebensraum* terminará siendo adoptado por Adolf Hitler por mediación de Karl Haushoffer para legitimar biológicamente la necesidad expansiva de los estados a través de la guerra. Estos, en vez de ser interpretados en términos mecanicistas, eran concebidos por Kjellen: “no como una entidad jurídica sino como un organismo dinámico y en continua transformación para poder competir en la escena internacional” (Pintor Pirzkall, 2014).

El hecho de que ambos conceptos nacieran para mostrar las distintas dimensiones de un mismo problema (la supervivencia biológica de los estados modernos) nos indica varios elementos importantes. Primero, tanto la dimensión física del territorio estatal como la dimensión biológica de las poblaciones nacionales son elementos fundamentales a cargo del poder político, sin embargo, ambos ofrecen superficies de agarre

---

<sup>2</sup> Sobre la figura de Rudolf Kjellen en la historia de la biopolítica véase Esposito (2011) y Castro (2016, p. 18-ss).

distintas. Concretamente, exigen saberes, instituciones, tácticas y estrategias de gobierno diferenciadas. Este problema se refleja en el hecho de que Foucault transitase desde del esquema bipolar de 1976 al esquema triangular de 1978 y 1979. También se refleja en su crítica a aquellas lecturas que alineaban el problema estatal con el problema gubernamental, y que terminase diferenciando el estudio de la «física política» o «microfísica» del poder disciplinario, por una parte, y la bio-política de los dispositivos de seguridad para el gobierno de los flujos circulatorios, por otra. En segundo lugar, la dislocación conceptual entre el gobierno biopolítico y el estado geopolítico permiten pensar, sin grandes tirabuzones conceptuales, que a los distintos estados les son adecuadas biopolíticas distintas. Este segundo factor es crucial para romper definitivamente con las visiones epocales de la biopolítica, tales como las defendidas por Giorgio Agamben —quien confunde biopolítica y soberanía—, Roberto Esposito —quien reduce la problemática biopolítica al paradigma inmunitario sin prestar atención a la dimensión física de la disciplina o biofísica de la seguridad— o Gilles Deleuze —quien contrapone epocalmente las sociedades biopolíticas a las sociedades de control, e ignora la lógica de la superposición y ensamblaje entre dispositivos de gobierno—. Frente a estas corrientes de pensamiento biopolítico, la importancia de relacionar las problemáticas biopolítica y geopolítica ha sido señalada por Javier Ugarte:

El darwinismo no sólo se asentó en suelo británico por cuestiones geográficas o afectivas,<sup>3</sup> sino porque posee un trasfondo teórico que sirvió a los intereses de la política liberal, mientras que la microbiología los cuestiona (...) En la biología evolutiva, que careció de repercusiones médicas de relieve pero mantuvo una conexión estrecha con la ideología librecambista, la microbiología (que se ligaba a una política intervencionista en lo económico) se aplicó a la medicina en poco tiempo con el objetivo de salvar vidas animales y humanas. Su éxito

---

<sup>3</sup> Nótese: si bien es correcto identificar la adecuación entre el darwinismo social y el librecambismo británico, el enfoque geográfico exige a su vez matizaciones de tipo sociológico: quienes se oponían al librecambismo en nombre del socialismo, repugnaban el darwinismo social y se atraían las visiones holistas de las ciencias biológicas.

animó al Estado a continuar su actuación sobre la vida, por razones económicas a la vez que políticas. (Ugarte, 2010, p. 169-170).

Por ejemplo, el matrimonio formado por Sidney Webb y Beatrice Potter Webb —fundadores del Partido Laborista Británico— apoyaron las cooperativas en estricta oposición al darwinismo social de Herbert Spencer, y la problematización de la pobreza como enfermedad de la sociedad entendida como un todo. Anecdótica y sintomática es la carta que le envía Bertrand Russel a una ya mayor Beatrice Webb en 1923, donde cuestiona, en el campo de la educación, el axioma fundamental del evolucionismo de Spencer: la idea de que todo en el universo evoluciona hacia niveles mayores de complejidad y especialización (lo cual favorecía el individualismo metodológico de la economía política clásica). En sus términos: “No sé si [Spencer] se dio cuenta alguna vez de las implicaciones del segundo principio de la termodinámica; si es así, bien puede estar molesto. El principio dice que todo tiende a la uniformidad y a un nivel muerto, disminuyendo (no incrementando) heterogeneidad” (Kieran, 2002). En cualquier caso, no solo es cierto que la geopolítica vinculada a la economía produzca las condiciones favorables a una determinada biopolítica. También lo es (tercer elemento) en la dirección opuesta: ciertos modelos biológicos, por ejemplo, la teoría celular de Theodor Schwann, favorecen el reconocimiento de la autonomía individual como auténticas células del cuerpo social. Así lo señala quien fuera uno de los grandes maestros de Foucault, Georges Canguilhem, en relación con el pensamiento de quien fuera responsable de la divulgación del darwinismo en Alemania, el naturalista y filósofo alemán Ernst Haeckel:

Haeckel escribió en 1899: «Las células son los verdaderos ciudadanos autónomos que, reunidos en miles de millones, constituyen nuestro cuerpo, el estado celular". Asamblea de ciudadanos autónomos, estado, son quizás más que imágenes y metáforas. Una filosofía política domina una teoría biológica. ¿Quién podría decir si uno es republicano porque es partidario de la teoría celular, o partidario de la teoría celular porque es republicano? (Canguilhem, 1952, p.84).

Huelga decir que el mismo Ernst Haeckel fundamentaba en el progreso filogenético la legitimidad de la dominación colonial: la inmadurez bio-histórica o evolutiva de los pueblos colonizados legitimaba a las potencias europeas a gobernarlas por la misma razón que los adultos estarían legitimados a ejercer su autoridad sobre los niños (Gasman, 1998). En las antípodas de estas coordenadas (y para mostrar la radical dependencia que mantiene la problemática biopolítica con la estrategia y proyecto político en la que se inscriba en cada caso) podríamos identificar las corrientes neomalthusianas de cuño anarquista, quienes identificaron en el crecimiento demográfico la razón fundamental de la bajada de los salarios y el empeoramiento de las condiciones laborales (Navarro Navarro, 1997). La defensa del uso de anticonceptivos, el derecho al aborto y al divorcio e incluso la defensa del amor libre encuentran en estas corrientes importantes antecedentes, no solo en el plano de la relación entre gobernantes y gobernados, sino también en la historia moderna de las relaciones de autogobierno. De aquí que se pueda afirmar, una vez más, que no hay biopolítica sin geografía ni geografía sin conflictos políticos que modulen y determinen la utilidad estratégica de los modelos biopolíticos.

En este punto es preciso recordar que la historia foucaultiana de la gubernamentalidad es, si se lee desde la óptica de la hipótesis Nietzsche, una genealogía incompleta. Entre la emergencia de la población en el marco de la gubernamentalidad liberal, hasta la emergencia de las variantes geográficas del neoliberalismo, grandes partes de los siglos XIX y XX son pasadas por alto. ¿Cómo transitamos de la gubernamentalidad liberal a la neoliberal? Dicho tránsito exige ofrecer una imagen más precisa de la trabazón entre los discursos políticos y los discursos científicos. Concretamente, mostrar cómo frente a los modelos científicos movilizados por la gubernamentalidad liberal para la naturalización de su discurso, emerge una contra-gubernamentalidad socialista que, antes y después de Marx, se apoyará en aquellos modelos científicos (holísticos) que permiten pensar desde las ciencias naturales la integridad de la sociedad en su conjunto, y no como mera suma de individuos.

Aunque Foucault descarta con demasiada rapidez la existencia de una biopolítica socialista (al contraponer simplemente el concepto de clase de Marx con el concepto de población de Malthus) (Coronel Tarancón, 2021), esta es clave para explicar la genealogía de la biopolítica nacionalsocialista: sin entender al nacionalsocialismo (y así con el fascismo italiano) como racionalidad útil para la eliminación de los tejidos cooperativos y sindicales no se explica que los modelos biopolíticos del nazismo lograsen instalarse en el corazón de los aparatos de gobierno. El mismo Winston Churchill que ha pasado a la historia por su determinada oposición a Adolf Hitler, explicaba el 20 de enero de 1927 su visión acerca del “aspecto internacional” del fascismo:

Si yo hubiera sido italiano estoy seguro de que habría estado de todo corazón con usted desde el comienzo al final en su lucha triunfante contra los apetitos y pasiones del Leninismo. Pero quiero decir unas palabras sobre un aspecto internacional del fascismo. En el ámbito externo, su movimiento ha prestado un servicio al mundo entero. El gran temor que siempre ha afectado a cualquier dirigente democrático o dirigente de la clase obrera ha sido la de verse socavado por alguien más extremo que él. Italia ha demostrado que hay una manera de combatir a las fuerzas subversivas que pueden convocar a las masas del pueblo, convenientemente dirigidas, para valorar y desear defender el honor y la estabilidad de la sociedad civilizada. Ella [Italia] ha proporcionado el antídoto necesario frente al veneno ruso. De aquí en adelante ninguna gran nación estará desprovista del último recurso contra el crecimiento canceroso del bolchevismo. (Wulff, 2015).

También es importante comprender que esta misma visión era compartida tanto por los grandes capitales de la República de Weimar como por el grueso del partido socialdemócrata, quienes, en la década de 1920, y tras el Levantamiento Espartaquista de 1919, percibían el comunismo revolucionario como una amenaza mucho mayor que la encar-

nada por el nazismo. En este contexto, resulta relevante lo señalado por Roberto Esposito en referencia a Jacob von Uexkull, cuya visión presenta el arquetipo de lo que más tarde encontramos plenamente desarrollado en el *Mein Kampf* de Adolf Hitler:

Amenazan la salud pública del cuerpo germánico una serie de enfermedades que, con referencia evidente a los traumas revolucionarios de la época, son identificadas con el sindicalismo subversivo, la democracia electoral y el derecho de huelga, todas ellas formaciones cancerosas que anidan en los tejidos del Estado llevándolo a la anarquía y a la disolución: “como si la mayoría de las células de nuestro cuerpo, y no las del cerebro, fueran las que decidieran qué impulsos se debe transmitir a los nervios”. (Esposito, 2011).

En efecto: no son simples metáforas orgánicas, son analogías biopolíticas que señalan la interdependencia entre el diagnóstico y la cura, ya sea en el plano biomédico o biopolítico: los efectos de los procesos políticos se hacen inteligibles en términos biológicos, al mismo tiempo que el tipo de intervención que debería llevar a cabo el poder político se deduce fácilmente del diagnóstico. Si tirásemos de este hilo más allá del espacio que este trabajo nos concede, sería preciso identificar tres grandes modelos biopolíticos que facilitaron la imbricación de los modelos científicos en los discursos políticos: el atomismo mecanicista, inscrito en la concepción malthusiana de la población; el holismo materialista, que señala el hilo de continuidad entre Proudhon y Marx para la crítica a la economía política burguesa, y el vitalismo nacionalista, que emerge para rechazar la comprensión materialista (atomicista u holística) del deber político-militar y existencial de las naciones durante el periodo entreguerras. Aunque estos tres modelos no agotarían las variantes geopolíticas de la biopolítica del siglo XX, sí señalan, a mi juicio, tres modelos o “ideales tipo” lo suficientemente claros para eludir la comprensión epocal monolítica que ha determinado una buena parte de los estudios biopolíticos.

En todos los casos, no es posible hablar de biopolítica sin atender a la distribución geográfica y estratégica de los modelos biopolíticos. Por la misma razón, es posible

analizar el problema de la vida en las distintas mutaciones geográficas del neoliberalismo y cumplir con la promesa principal de este trabajo. A saber: comparar las variantes geográficas del neoliberalismo y demostrar que la cepa norteamericana debe ser identificada, antes que con una forma de gobierno biopolítico, con la racionalidad política a abiótica que hoy está desencadenando una crisis biológica sin precedentes a escala planetaria.

### El problema de la vida en las variantes geográficas del neoliberalismo

Como sabemos, en el curso de 1979, y como continuación de la historia de la gubernamentalidad que despliega en el curso de 1978, Foucault analiza tres variantes geográficas de la gubernamentalidad liberal: el ordoliberalismo alemán —que ubica en una coyuntura inversa a la de la fisiocracia francesa a través de los trabajos de Rüstow y Röpke—, el neoliberalismo francés —centrado en torno a la imposición fiscal negativa y a la figura de Valéry Giscard d'Estaing— y el neoliberalismo norteamericano, donde ocupan un lugar central tanto la expansión epistemológica del campo económico llevada a cabo por Henry Calvert Simons y Lionel C. Robbins (Foucault, 2009, p.224) y las teorías del capital humano a partir de los trabajos de Theodore Schultz y Gary Becker. Respecto a estos análisis (que solo puede ser seriamente considerado como borrador de un trabajo incompleto) es preciso destacar, tal y como han hecho distintos autores como P. Mirowski y Plehwe (2009), Jamie Peck (2014) o Adán Salinas (2020, p.35-72), entre otros, que el neoliberalismo que cristaliza en el Consenso de Washington en 1989 no puede ser sencillamente deducido del curso de 1979. En cualquier caso, lo que sí permite el curso de 1979 es comprar las variantes alemana, francesa y estadounidense del neoliberalismo en función del lugar que ocupa el problema de la vida en sus respectivas *interfaces* de gobierno. Veamos este problema:

I. La *interfaz* del ordoliberalismo alemán comprende un doble marco (un marco jurídico y un marco económico comprendido en el interior de este): la vida se sitúa en el interior del marco jurídico, pero en el exterior del marco social dedicado a la competencia. Lo esencial de la *Vitalpolitik* ordoliberal radica en la identificación de elementos

antropológicos ligados al arraigo que deben ser protegidos de la potencia desintegradora de la competencia y el libre mercado. Este modelo alemán es el que, a juicio de Foucault, se irá internando en la geografía francesa entre 1969 y 1974 y bajo el mando de Giscard como Ministro de Finanzas hasta su presidencia, señalando el viraje ordoliberal del neoliberalismo francés con notas distintivas del neoliberalismo norteamericano.

II. En la interfaz del neoliberalismo francés, el elemento biológico o bio-anropológico se sitúa en la base de la pirámide social (que comprende el problema de la autoconservación), y la competencia económica en la cima de la sociedad (orientada a la autorrealización): la vida aparece como aquello que no se debe poder perder en el juego de la competencia. El jugador que cae por debajo del umbral de la pobreza —allí donde la autoconservación ya no está garantizada—, podrá ser sostenido por el poder político. De este modo actuará para fomentar un *ethos competitivo* que no arriesgue la vida biológica de los jugadores.

Tanto en el ordoliberalismo alemán como en el francés, la sociedad se convierte en el blanco y el objetivo de las políticas económicas; en ambos casos se trata de producir un modelo de sociedad utilizando la política económica como herramienta. Ahora bien, lo que distingue a las variantes europeas de la norteamericana (y esto se explica por la cercanía de la destrucción demográfica causada por la Segunda Guerra Mundial) es que estas comprenden que en dicho objeto la vida biológica de la población es un problema que exige tácticas y estrategias de conservación. Esta idea se condensa en la imagen de un óptimo de integración entre medias de dos polos catastróficos, la masificación (que conduce a la patología del colectivismo) y el aislamiento. En términos de los principales teóricos del ordoliberalismo alemán, W. Röpke:

no es una fantasía descabellada llamar verdad objetiva al hecho de que una nación sana se caracteriza por una cantidad normal de integración, del mismo modo que el cuerpo humano se caracteriza por la conservación de su temperatura en una franja de normalidad, y aquella que se sale de esta normalidad —ya sea por exceso o por defecto— se caracteriza como patológica. (Röpke, 1996, p. 77).

III. En la interfaz del neoliberalismo norteamericano, el factor bio-antropológico desaparece. Esto se refleja tanto en relación con el objeto de gobierno, como en el modelo que emplea como en el medio al que se dirige su acción gubernamental. En primer lugar, en relación con el objeto, la conversión del *homo oeconomicus* de sujeto de intercambio (vinculado a la promoción naturalista del *laissez-faire*) a empresario-de-sí constituye a este último como agente abiótico dotado un capital humano a revalorizar incesantemente. En cualquier caso, más que una continuación de la matriz frugal del gobierno liberal entendido como autocontención del ejercicio del poder político, el neoliberalismo y su tecnología de gobierno emerge para transformar al viejo *homo oeconomicus* intocable en un sujeto eminentemente gobernable. Creemos que este problema ha sido correctamente identificado por F. Taylan en su trabajo: “*Environmental Interventionism: A Neoliberal Strategy*”:

Ya no es el átomo de la libertad, el ser natural de interés que debe ser tomado como punto de referencia para la acción gubernamental. Aparece ahora como una figura cuyo comportamiento económico puede ser modificado a través de lo que Foucault llama "acción ambiental", entendiéndose el término no en el sentido de acción del Ministerio de Medio Ambiente, sino en el sentido de alteraciones hechas al medio ambiente de un actor económico para producir efectos específicos sobre él. Así, "de ser el socio intangible del *laissez-faire*, el *homo oeconomicus* se convierte ahora en el correlato de una gubernamentalidad que actuará sobre el medio ambiente y modificará sistemáticamente sus variables. (Taylan, 2013).

El neoliberalismo es entendido como una estrategia y tecnología de gobierno medioambiental que fomenta la *performance* del agente. Este, entendido como un empresario de sí, deberá ser gobernado sin que la acción gubernamental incida directamente en su cuerpo. Para ello, deberá transformar el medioambiente en que los agentes económicos diseñan planes de acción conforme a sus propias elecciones:

Hay que actuar sobre el medio del mercado en el que el individuo hace su oferta de crimen y encuentra una demanda positiva o negativa. Lo cual planteará el problema, del que hablaré la vez que viene, de la técnica y de esa nueva tecnología ligada, creo, al neoliberalismo, que es la tecnología ambiental o la psicología ambiental en Estados Unidos. (Foucault, 2009, p. 260).

El hecho de que el neoliberalismo emergiera como tecnología ambiental a mediados del siglo XX debe ser entendido genealógicamente, es decir, en el marco de su utilidad estratégica. Concretamente: el conflicto del pensamiento económico neoliberal se contrapone a las biopolíticas orientadas por las políticas keynesianas y el plan Beveridge, que situaban al estado como una estructura necesaria para la protección de la población frente a los efectos nocivos de la libre competencia. De aquí proviene la célebre frase de J. M. Keynes: *In the long run we are all dead*. Las condiciones materiales de la vida son, precisamente, lo que no tienen en cuenta los modelos matemáticos cuando estos conciben y definen el proceso económico en los márgenes de la política —concretamente: “But this *long run* is a misleading guide to current affairs. *In the long run* we are all dead. Economists set themselves too easy, too useless a task if in tempestuous seasons they can only tell us that when storm is long past the ocean is flat again” (Keynes, 1924, p. 80). Así, su concepto de demanda agregada solo tiene sentido cuando se ubica al estado como institución capaz de realizar la síntesis de todas las demandas domésticas, empresariales y gubernamentales. Dicho de otro modo: la protección de la vida de los agentes económicos está, en la teoría económica keynesiana, inserta y unificada en su concepto central de “demanda agregada”, pero este concepto no es sino el reflejo de las consideraciones bio-políticas que Keynes siempre identificó como problema indisoluble de las políticas económicas. Así, en su célebre texto *Las consecuencias económicas de la paz*, Keynes ya pone el énfasis en el peligro vinculado al olvido de la vida:

No les interesaba la vida futura de Europa; no les interesaban sus medios de vida. Sus preocupaciones, buenas y malas, se referían a las fronteras y a las

nacionalidades, al equilibrio de las potencias, a los engrandecimientos imperiales, al logro del debilitamiento para el porvenir de un enemigo fuerte y peligroso, a la venganza, y a echar sobre las espaldas del vencido la carga financiera insoportable de los vencedores. (Keynes, 2013, p.36).

Este diagnóstico es diametralmente opuesto al desplegado por Friedrich Hayek en *Camino de servidumbre* (1944). Quienes veían en el estado y en la unidad colectiva de la sociedad el germen del totalitarismo, tuvieron que desplazar el objeto del pensamiento económico. El nuevo objeto debía ser aquello que fuese capaz de hacer visible, por un lado, la capacidad autorregulatoria de los mercados y, por otro, el modo en que el estado obstaculiza e interfiere en dicha dinámica espontánea. ¿Qué obstaculiza el poder que gobierna para salvar la vida? O mejor, ¿qué destruye el poder político cuando es el estado el agente políticamente encargado de proteger la vida? La respuesta es conocida: la libertad. Pero un nuevo concepto de libertad que, por la misma razón, ya no podía reposar sobre la dimensión biológica de la sociedad.

Esta es una de las razones por las que el antagonismo a la biopolítica gubernamental reubicó el objeto del pensamiento económico en la psicología del consumidor en la teoría de la elección racional. Esta libertad, contrapuesta a la de Keynes, no podía depender de los efectos agregados de millones de organismos que demandaban su propia supervivencia. Aquí está la clave. Tanto la teoría del capital humano como el modelo del empresario de sí despojan al agente social de su inscripción biológica en el medio. Por ello, cuando estos modelos se sitúan en la interfaz gubernamental que comunica a gobernantes y gobernados, la vida biológica deja ser un problema, y la conservación de un medioambiente afín a la reproducción de un capital humano inorgánico pasa a ser el problema.

A diferencia de Christian Laval y Pierre Dardot en su célebre *La nueva razón del mundo*, autores como Thomas Biebricher (2011, p.171) o José Luis Villacañas Berlanga (2020) han mostrado que el análisis desplegado por Foucault en *El nacimiento de la biopolítica*, de 1979, tiene el defecto de no diferenciar claramente la posición que

ocupan el ordoliberalismo alemán y el neoliberalismo norteamericano en la genealogía del neoliberalismo. Ambas formas se presentan en el curso del *Collège de France* como mutaciones geográficas de lo que había sido la vieja gubernamentalidad liberal. El hecho de que el neoliberalismo francés se viese influenciado por el ordoliberalismo alemán no alumbra la diferencia crucial: que las variantes europeas todavía son modelos de gobierno biopolítico, mientras que el neoliberalismo norteamericano es una racionalidad abiótica. Cuando Laval y Dardot definen el neoliberalismo como “el conjunto de los discursos, de las prácticas, de los dispositivos que determinan un nuevo modo de gobierno de los hombres según el principio universal de la competencia” (Laval, Dardot, 2013 , p. 15), cometen el mismo desliz conceptual que George Monbiot: estrictamente, el neoliberalismo ya no es un modo de gobierno de los hombres, sino un modo de gobierno de un *homo oeconomicus* que ya no es, como lo fuera para el liberalismo, un agente biológico, sino un empresario de sí mismo, su propio productor y la fuente de sus ingresos (Foucault, 2009, p.228).

La principal razón por la que este *homo oeconomicus* no puede ser considerado un hombre o un ser humano (aquellos cuya constitución y problematización significó la inscripción de la especie humana en la historia de la gubernamentalidad) es señalada por Foucault. Cuando el neoliberalismo analiza a este *homo oeconomicus*: “no se precipita en él (...) un saber psicológico, un contenido antropológico, así como, cuando se hablaba del trabajo desde el punto de vista del trabajador, no se hacía una antropología del trabajo” (Foucault, 2009, p.252). Esta cuestión es crucial: la eliminación de la antropología del trabajo borra el trabajo como categoría que media la relación del ser humano con la naturaleza. Pero no solo de la antropología: aquellos elementos que habían sido ubicados en el marco epistemológico de la biología, ahora aparecen subsumidos como objetos del análisis económico del comportamiento una vez toda acción, incluida la lactancia, es entendida como inversión económica de tiempo a una actividad frente a otras actividades posibles: “Vale decir que el mero tiempo de lactancia, el mero tiempo de afecto consagrado por los padres a sus hijos, debe poder analizarse como inversión capaz de constituir un capital humano”(Foucault, 2009, p.37). Ahora bien:

¿de qué está compuesto este capital humano?, se preguntaba Foucault en 1979: “Pues bien, está compuesto, dicen, de algunos elementos innatos y otros adquiridos. Hablemos de los elementos innatos. Están los que podemos llamar hereditarios, y otros que son simplemente congénitos. Diferencias que son obvias, claro está, para cualquiera que tenga el más difuso barniz de biología” (Foucault, 2009, p. 230).

Nótese: el hecho de que la composición del capital humano sea inteligible en términos biológicos no significa que sea biológico. Al contrario, significa que el capital humano ha adquirido los caracteres que antes eran definitorios del organismo biológico; ahora es el capital lo que nace, se reproduce y muere al hilo de las acciones-inversión. Ahora ya no es el organismo biológico el que actúa, sino el capital invirtiendo en sí mismo: cada acción computa como inversión de tiempo-capital encarnado por el *homo oeconomicus*. El agente ya no habita un *milieu biótico*, sino un medioambiente abiótico y mercantil regido por relaciones de competencia. En este nuevo *milieu neoliberal* nacen, viven y mueren los agentes abióticos (sujetos-empresas; ya sean del sector público o privado, ya rentabilicen su capital humano o su deuda) cuya performance es exhaustivamente inteligible en términos económicos. Este es el giro abiótico que marca la implementación del modelo sociedad-empresa como interfaz entre el gobierno y el medioambiente neoliberal en la historia de la gubernamentalidad. Y esta es la razón por la que la diseminación de la razón neoliberal no significa una nueva lógica para el gobierno de poblaciones, sino la desaparición de las poblaciones como objeto de gobierno.

En suma: ¿tiene sentido afirmar la desaparición de la vida biológica en plena crisis de la COVID-19, cuando todos los gobiernos se ven obligados a problematizar la dimensión biológica de sus poblaciones? La hipótesis fallida del neoliberalismo ha consistido en suponer que las condiciones de reproducción del capital humano coincidían con las condiciones reproductivas de las poblaciones biológicas. Esa era la apuesta: si sucede la reproducción del capital humano (idéntico al ser humano), entonces la reproducción biológica sucederá como efecto secundario. Este hecho se verifica en el boom de la literatura sobre “ecosistemas emprendedores”, el cual afirma la emergencia de una nueva ecología de la competición, tal y como señala el texto clásico de James F. Moore,

“*Predators and prey: a new ecology of competition*” (1993), donde se trata de pensar la evolución y el crecimiento de las empresas como células que cooperan y coevolucionan competitivamente en “nichos” de mercado” —en los terminus de Moore: “in a business ecosystem, companies coevolve capabilities around a new innovation: they work cooperatively and competitively to support new products, satisfy customer needs, and eventually incorporate the next round of innovations.” (1993)—. Y no es casualidad que las ciudades con un dinamismo más acelerado —aquellas que conservan ritmos de producción y consumo ecológicamente insostenibles— son identificadas como la meca de la ecología empresarial. Como señalan Colin Mason y Ross Brown: “El primer punto es que los ecosistemas empresariales no surgen en cualquier lugar. Necesitan suelo fértil”.

El neoliberalismo no está en el medioambiente: lo produce. Y el medioambiente que produce el neoliberalismo es el reverso ontológico del medioambiente terrestre. En el primero habitan los agentes abióticos en un mundo abiótico y virtualmente infinito; en el segundo habitan células empresariales que se reproducen en el interior de un mundo finito como si los recursos naturales fuesen infinitos. Por la misma razón, la conservación de los ecosistemas empresariales, en el marco del *business as usual*, amenaza directamente a la posibilidad de conservar los ecosistemas terrestres. En este sentido, lo que la pandemia del COVID-19 ha puesto de manifiesto es, precisamente, la inviabilidad de esta hipótesis para la circulación de “capitales humanos”, esencial para el sector turístico mundial. Por otras vías, las pandemias unidas al cambio climático anuncian la inviabilidad del extractivismo y la deforestación acelerada (promotora de zoonosis con potencial pandémico), esencial para el sector productivo, tecnológico y agroindustrial. En último término, todos los índices medioambientales anuncian la inviabilidad de la hipótesis abiótica neoliberal. ¿Qué mutaciones de la razón neoliberal están surgiendo como respuesta adaptativa a esta crisis circulatoria? ¿Qué posibilidades tienen los movimientos políticos y sociales para reorientar estas adaptaciones en una dirección compatible con la vida humana y no-humana? ¿Qué alternativas quedarán para aquella parte de la población que ha sido sistemáticamente excluida de los circuitos

de la revalorización del capital humano? Todavía no podemos ofrecer una respuesta precisa a estas preguntas, pero si algo podemos asegurar es que nos va la vida en ello.

## Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2013). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Antonio Gimeno Cuspineda, Trad.). Pre-Textos.
- Biebricher, Thomas (2011). “*The Biopolitics of Ordoliberalism*”. *Foucault Studies*, 12, pp. 171-191. DOI: <https://doi.org/10.22439/fs.v0i12.3339>
- Blengino, Luis Félix (2018). *El pensamiento político de Michel Foucault. Cartografía histórica del poder y diagnóstico del presente*. Guillermo Escolar y Mayo.
- Castro, Edgardo (2016). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. UNIFE.
- Canguilhem, Georges (1952). *La connaissance de la vie*. Libraire Hachette.
- Canguilhem, Georges (1971). *Lo normal y lo patológico*. (Ricardo Potschart, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Coronel Tarancón, Alberto (2020). “La biopolítica extendida: Foucault, Canguilhem, y la fisiología política del liberalismo”. *Dorsal. Revista de Estudios Foucaultianos*, 8, pp. 157-186. DOI: <http://dx.doi.org/10.5281/zenodo.3901369>
- Coronel Tarancón, Alberto (2021). *La crisis de la biopolítica en el siglo XXI. El biopoder en la génesis y el desarrollo de los metabolismos sociales capitalistas*. Universidad Complutense de Madrid. Memoria para acceder al grado de doctor.
- Dardot, Pierre; Laval, Christian (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. (Alfonso Díez, Trad.). Gedisa.
- Esposito, Roberto (2011). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. (Carlo Molinari Marotto, Trad.). Amorrortu.

- Foucault, Michel (2007). “El sujeto y el poder”. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 50. Nº.3. pp. 3-20.
- Foucault, Michel (2008). *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978)*. (Horacio Pons, Trad.). Akal.
- Foucault, Michel (2009). *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Akal.
- Foucault, Michel (2010). *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*. Akal.
- Foucault, Michel (2008). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-textos.
- Gasman, Daniel (1998). Haeckel's Monism and the Birth of Fascist Ideology. En *Studies in Modern European History*. Vol. 33. Peter Lang Pub Incorporated.
- Hardt, Michael; Negri, Antonio (2002). *Imperio* (Eduardo Sadier, Trad.). Paidós.
- Jordana Lluch, Ester (2017). Crítica de la economía biopolítica. Dimensiones políticas del pensamiento médico. *Kamchatka*, 10, pp. 13-38
- Jordana Lluch, Ester (2013). “El cuidado de la verdad”. En Morey, Miguel; Varela, Julia, Álvarez Uría; Gabilondo, Ángel (eds.): *Michel Foucault. Obras Esenciales*. Paidós, pp. 1005–1015.
- Kieran, Egan. (2002) “Getting it wrong from the beginning”. [Online] En <http://www.sfu.ca/~egan/Wrong-article.html>
- Monbiot, George. (2016) “El neoliberalismo: la raíz ideológica de todos nuestros problemas”. [elDiario.es](https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/neoliberalismo-raiz-ideologica-problemas_1_4016189.html) (mayo) [Online] En [https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/neoliberalismo-raiz-ideologica-problemas\\_1\\_4016189.html](https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/neoliberalismo-raiz-ideologica-problemas_1_4016189.html) .
- Keynes, Jon Maynard (1924). *A Tract on Monetary Reform*. Macmillan & Co.
- Keynes, Jon Maynard (2013). *Las consecuencias económicas de la paz*. Editorial

Crítica.

- Mason, Colin; Brown, Ross. Entrepreneurial Ecosystems and Growth Oriented Entrepreneurship. Background paper prepared for the workshop organised by the OECD LEED Programme and the Dutch Ministry of Economic Affairs on Entrepreneurial Ecosystems and Growth Oriented Entrepreneurship”. *OCDE*, 1–38. [Online] En <https://www.oecd.org/cfe/leed/Entrepreneurial-ecosystems.pdf>.
- Moore, Janes F. (1993) Predators and prey: a new ecology of competition. *Harvard Business Review* (May-June) [Online] En <https://hbr.org/1993/05/predators-and-prey-a-new-ecology-of-competition>
- Navarro Navarro, Francisco Javier(1997). Anarquismo y neomalthusianismo: la revista Generación Consciente (1923-1928). *Arbor*, 156 (615), pp. 9–32.
- Peck, Jamie. (2014). *Constructions of neoliberal reason*. Oxford University Press.
- Pintor Pirzkall, Heike Clara (2014). “Los Inicios de la Geopolítica: El estado como órgano viviente”. [Online]  
<https://blogs.comillas.edu/comillasir/2014/03/06/los-inicios-de-la-geopolitica-el-estado-como-organismo-viviente-por-heike-pintor-pirzkall/>
- Röpke, Wilhelm (1996). *The moral foundations of civil society*. Transaction Publishers.
- Rose, Nikolas; Miller, Peter (2010). Political power beyond the State: problematics of government. *The British journal of sociology*, 61 (1).
- Salinas, Araya (2020). El análisis foucaultiano del neoliberalismo. Elementos para un balance actual. *Dorsal. Revista de Estudios Foucaultianos*, 8, pp. 35-72.
- Talcott, Samuel (2019). *Canguilhem and the Problem of Error*. Palgrave MacMillan.
- Ugarte, Javier (2010). De la selección natural a la intervención del Estado. En: Sonia Arribas, Germán Cano y Javier Ugarte (eds.). *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*. Catarata.pp.157-180.

Villacañas Berlanga, José Luis (2020). *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Laval, Dardot y la historia del capitalismo contemporáneo*. Ned Ediciones.

Wulff, Fernando. “50 años de la muerte de un mussoliniano, Winston Churchill”. *El Observador. Revista de culturas urbanas*. [Online] En <https://revistaelobservador.com/opinion/42-pasados-presentes/9757-50-anos-de-la-muerte-de-un-mussoliniano-winston-churchill>